



**Monasterio Cisterciense de Santa María de Huerta
(Formación de laicos)**

HISTORIA FAMILIAR

0. INTRODUCCIÓN

Nos proponemos en este capítulo hacer un breve recorrido por la historia de la Iglesia; la historia de nuestra familia, nuestra propia historia. Casi dos mil años de historia parecen suficientes para poder mostrarse al mundo en toda su desnuda realidad. No hay sociedad en el mundo que haya resistido esta prueba de pervivencia. Pero muchos le echan en cara haber desfigurado la verdadera imagen querida por Cristo. Le acusan de no haber respondido a su misión. ¿No será más bien que es un pueblo que peregrina entre luces y sombras, como ha dicho el Concilio, y vive ella misma sometida a la debilidad de la carne? Pero la Iglesia no pierde en definitiva su fidelidad a Cristo. Ha de pasar por el dolor y la muerte mientras se alumbra el día de la resurrección. De esta manera se cumple en ella, a imitación de Cristo, su esposo, la realidad del misterio pascual. Toda la historia de la Iglesia es una prueba de ello.

La Iglesia cristiana tomó el relevo de las antiguas instituciones religiosas de la cuenca mediterránea y ha constituido una matriz cultural evidente para toda Europa y, más tarde, para la cultura americana. Nuestras raíces no se encuentran sólo en la Atenas y la Roma paganas, sino también en Jerusalén y en la Roma cristiana. Nuestra herencia es en gran medida la de los valores cristianos, que han hecho dar un gran paso adelante a la humanidad, con la lenta elaboración del respeto a la persona y del derecho de gentes. Pero además toda la literatura, la filosofía, las ideas políticas y el arte, en sus innumerables formas, se encuentran marcados hasta nuestros días por la influencia cristiana, aun cuando el cristianismo esté hoy lejos de identificarse con nuestras sociedades. No olvidemos que fueron los copistas cristianos de la Alta Edad Media los que salvaron de su

definitiva desaparición las obras paganas de la Antigüedad grecorromana. Entre los artistas, los temas mitológicos se dan la mano con los temas cristianos, desde los “misterios” de la Edad Media, origen de nuestro teatro, hasta las tragedias clásicas y las novelas modernas. Vivimos todavía rodeados de símbolos que en su origen son símbolos cristianos.

Se ha dicho incluso que la tradición cristiana favoreció un desarrollo de la investigación científica. La idea de una creación hecha para el hombre y puesta a su disposición desmitologizó el mundo e incitó a los hombres a someterlo a su voluntad descubriendo progresivamente sus leyes. El que luego esto lo hayan usado para el bien o para el mal es otra cuestión. Por muchos conceptos, vivimos de una herencia excepcional. La actividad civilizadora de la Iglesia es algo que se impone.

A lo largo de su historia, la Iglesia ha pasado por situaciones extremadamente diferentes; esas, de forma muy resumida, pretendemos presentarlas a continuación.

1. EL CAMINO DOLOROSO DE LOS PRIMEROS SIGLOS

Nos referimos a los tres primeros siglos; tiempo que va desde la muerte de los Apóstoles hasta la paz de Constantino (313). Siglos en los que vivió bajo la amenaza constante de las persecuciones.

Es legítimo hablar de la Iglesia de los mártires; aunque la persecución no siempre y en todas partes se ejercía de manera violenta. Las crisis, en la mayoría de los casos, fueron locales: se trataba de una ciudad o región concreta; muchas de ellas fueron breves. Sin embargo, en la mentalidad de los cristianos estaba siempre presente la posibilidad del martirio.

Oficialmente hay constancia de diez persecuciones; y cálculos bastante rigurosos dan un total de entre 50.000 y 100.000 mártires. Dependiendo del talante del emperador las consecuencias eran más benignas o más crueles. Algunos métodos muy refinados de tortura fueron capaces de quebrantar las más firmes voluntades, y la fuerza del Espíritu no es un recurso mágico que actúa automáticamente. Esto explica que se diera también la apostasía.

El mártir era el héroe cristiano, o más exactamente, el santo. De aquí que los mártires fueran venerados e invocados como santos, como aparece en las inscripciones de las catacumbas. Otro capítulo importante, de esta etapa, va a ser la lucha contra las primeras herejías. Ya San Pablo y San Juan observan con preocupación la irrupción de falsos doctores (1 Tim 4,1-3).

Los errores más peligrosos de esta primera hora fueron los del gnosticismo (se presentaba como un camino capaz de llevar a la visión de Dios pero sólo apto para un grupo de iniciados); el montanismo, el novacianismo y el maniqueísmo se caracterizaron por su rigorismo moral; unos y otros partían de la existencia de dos principios supremos, uno del bien y otro del mal. Autores como San Justino, San Ireneo o San Clemente de Alejandría fueron exponiendo la tradición de la fe recibida; tratando de presentar la doctrina cristiana como el ideal y plenitud de la religión y además salían al paso de las múltiples calumnias que se le achacaban al cristianismo (son los llamados “apologistas”).

2. LA IGLESIA “SALE” DE LAS CATACUMBAS

El Edicto de Milán (313) marca un acontecimiento clave; a partir de aquí se va a hablar del llamado “giro constantiniano”.

En pocos años la Iglesia pasa de una situación de comunidades amenazadas, y a veces clandestinas, a la de representante de la religión oficial del Imperio, especialmente a partir de Teodosio. Esto le facilita penetrar en todas las capas de la vida social, pero le supondrá el tener que soportar la ingrata injerencia del poder estatal; un problema que continuará vivo a lo largo de los siglos, con diversos matices en cada situación histórica, produciendo roces dolorosos entre ambas esferas de poder.

Pero a medida que la Iglesia se va extendiendo, se va atenuando también el fervor de algunos de sus miembros. Así, pues, la búsqueda de la perfección cristiana, realizada antes por medio del martirio, engendra nuevas formas de vida “perfecta”: eremitas en los desierto de Siria y Egipto (destacarán figuras como S. Pablo ermitaño, S. Antonio, Evagrio, etc); luego comunidades monásticas, primero en el desierto y más tarde en las ciudades (destacarán las reglas de

S. Pacomio y S. Basilio). En occidente la vida monástica se desarrolló más tarde; la experiencia más importante será la de S. Benito y su Regla.

La nueva situación permitió la celebración de Concilios; la mayor parte de ellos marcados por el signo de la controversia; se trataba de salir al paso de errores doctrinales importantes. Esto contribuyó a ir fijando definitivamente los puntos cardinales de la fe cristiana, especialmente en las cuestiones cristológicas. Nicea (325) dará el “pistoletazo” de salida, condenando a Arrio y afirmando la divinidad de Jesucristo.

Otra manifestación exuberante de la vida de la Iglesia fue el florecimiento de autores que escribieron a la altura de su tiempo, sin perder el contacto con su pueblo, para alimentar la fe de las comunidades cristianas; con la santidad de sus vidas garantizaron la ortodoxia de sus doctrina. Autores como S. Atanasio, S. Basilio. S. Gregorio Nacianceno, S. Gregorio de Nisa, y San Juan Crisóstomo en Oriente; y S. Ambrosio, S. Jerónimo; S. Agustín y S. Gregorio Magno en Occidente, constituyen el eslabón más importante de la tradición cristiana.

3. LA CONVERSIÓN DE LOS LLAMADOS “PUEBLOS BÁRBAROS”

La instalación definitiva de los pueblo procedentes del Este y Norte de Europa sobre el antiguo Imperio romano va a suponer la caída definitiva, en occidente, de éste. La Iglesia pasa a una nueva situación.

La Iglesia vio que aquellos pueblo no eran tan salvajes; interiormente no estaban minados por los vicios, eran fieles a sus jefes en la guerra, respetaban a sus mujeres y eran capaces de cualquier sacrificio; religiosamente unos eran idólatras y otros arrianos. La tarea de la Iglesia era a la vez de humanización y de evangelización. En esta tarea tuvieron un papel especial los monasterios: las escuelas monásticas propiciaron el cultivo de las artes y las ciencias; los monjes enseñaron el cultivo de los campos y diversos oficios.

Los primeros pueblos convertidos fueron los francos; seguirá Irlanda (S. Patricio), Inglaterra (S. Agustín de Cantorbery); Alemania (S. Bonifacio).

Pero al mismo tiempo, la administración episcopal interviene cada más en el plano económico y social, al haber desaparecido la administración imperial. Y esta pendiente se hizo peligrosa, pues el episcopado irá adquiriendo un peso político cada vez mayor en las estructuras de la sociedad medieval. La Iglesia se identificará entonces prácticamente con la sociedad, a la que se le dará el nombre de cristiandad. En España, los visigodos, lograron la unidad nacional y religiosa (conversión de Recaredo, en el 589, del arrianismo al catolicismo). Una institución importante serán los Concilios de Toledo (18 en total) al que asistían distintos estamentos sociales y se trataban asuntos políticos, sociales y religiosos. Figuras destacables: S. Leandro, S. Isidoro y S. Ildefonso.

4. NUEVAS DIFICULTADES AL COMIENZO DE LA EDAD MEDIA

Una viene marcada por una fecha: El año 622 (huida de Mahoma de la Meca a Medina y que señala el comienzo de la era musulmana) hace su aparición un fenómeno nuevo que revolucionará Oriente (de donde hizo desaparecer, de la “noche a la mañana”, comunidades cristianas muy florecientes) y terminará afectando a casi toda Europa (especialmente en nuestras tierras el problema durará cerca de ocho siglos) y a la Iglesia: el Islam.

Otra viene marcada por un siglo; el llamado “de hierro del pontificado”. Así se le llamó al siglo X por el estado de decadencia a que se llegó en él. Al esplendor carolingio, en el que se intentó revitalizar el ideal del Sacro Imperio Romano y la unificación de Europa, y en el que Iglesia conoce un tiempo de paz, pero también de un fuerte intervencionismo político; va a seguir un ambiente de caos indescriptible: el feudalismo a nivel político y social; la escasa disciplina y formación del clero; la usurpación de cargos eclesiásticos por los seglares; y un episcopado y pontificados sujeto a corrupciones, intrigas (en menos de 160 años se sucedieron 36 Papas). No es extraño que muchos esperasen el fin del mundo al cumplirse el año mil, idea que además parecía conforme con el milenio del que se habla en el Apocalipsis (Ap 20,1-2).

La última está determinada por un Cisma. Desde el establecimiento, en Constantinopla, de la nueva Capital del Imperio (con Constantino) las relaciones entre las sedes de Roma y de Constantinopla se fueron complicando; aunque el primado del obispo de Roma no solía ponerse en cuestión. En el año 1054 se consumó la tirantez: la ambición de Miguel Cerulario (patriarca de Constantinopla), que llevaba tiempo activando una campaña antilatina en su patriarcado, chocó con la falta de tacto de los legados pontificios y se produjo la excomunión del patriarca, a lo que éste respondió con otra excomunión. A partir de este hecho, las dos sedes y los patriarcados de ellas dependientes siguieron rumbos distintos. Más tarde, los participantes en la IV Cruzada saquearán Constantinopla(1204) y establecerán un emperador latino y un obispo latino que sólo servirán para acentuar el antilatinismo hasta hacerlo elemento básico del patriotismo oriental.

5. LA CRISTIANDAD MEDIEVAL, UN ESPLENDOR AMBIVALENTE

Durante mucho tiempo se ha considerado a los siglos XII y XIII como la edad de “oro” (tiempo ideal) de la historia de la Iglesia. Hoy, mirado ese tiempo con ojos críticos, este tiempo nos parece más un tiempo de esplendor ambivalente. Sin embargo, hubo unos importantes logros que no se pueden minusvalorar.

Estos siglos vinieron precedidos por una fuerte inquietud reformadora, que fue cristalizando sobre todo en la vida monástica; con un deseo grande de volver a la pureza de la vida apostólica y los ideales del desierto y sobre todo con un importante subrayado en la pobreza y simplicidad de vida (Cartuja, Camaldula, Valumbrosa, Cister, etc)

A nivel de organización eclesial se dio un paso decisivo en la independencia del poder pontificio con respecto al poder temporal, por obra, principalmente, del Papa Gregorio VII. Hombre que trató de llevar el espíritu reformador de Cluny (finales del siglo IX y X), de donde procedía, al seno de toda la Iglesia. Su propósito de liquidar la cuestión de las

investiduras le llevó a enfrentarse con el emperador alemán, Enrique IV. Creció el prestigio del Papado y Roma se transformó de nuevo en “cabeza del mundo”.

Más importante que el prestigio exterior del Papa fue la penetración del espíritu cristiano en todas las manifestaciones de la vida, tanto privada como social. La catedral, que se construía a costa de todos los esfuerzos, era algo que valía la pena hacer por Dios. Junto a las catedrales, lo mismo que en los monasterios, se fundaban escuelas. El cultivo del saber teológico llegó en este tiempo a su más alto nivel, con S. Anselmo (“creo para entender”, “entiendo para creer”); Sto. Tomás (hermana la filosofía clásica con la fe cristiana); S. Buenaventura. Estamos en el tiempo en el que nacen las universidades en el verdadero sentido de la palabra; en las que se cultivan todos los saberes, entre los que sobresale el saber teológico como culminación de los otros conocimientos (famosas serán la de París, Bolonia, Oxford y Salamanca).

Hay que reconocer que también se dio una religiosidad superficial: es el tiempo de las peregrinaciones de la búsqueda de reliquias, devociones exteriores, observancias rigurosas de ayuno y otras penitencias, que adolecían de exterioridad con resabios de superstición (los juicios de Dios, los casos de brujería, etc.).

Pero hubo muchos espíritus nuevos que buscaron en la sencillez evangélica la autenticidad que necesitaban, el espíritu frente a la letra. Entre ellos destacan: Francisco de Asís que, enamorado de la pobreza y huyendo de las grandes estructuras monásticas, desea predicar el evangelio con la vida y vivir de las limosnas que ha de mendigar humildemente (de aquí el nombre de Orden mendicante); Domingo de Guzmán que destinará su tarea especialmente a la predicación sagrada.

El espíritu cristiano penetró también en otras capas de la vida social. En la organización de los gremios puede verse una conjunción ideal de intereses por parte de maestros, oficiales y aprendices, que, a la vez que defienden y promueven su trabajo profesional, forman las cofradías de hermanos.

Una institución que cae de lleno en la historia oscura del medievo es la Inquisición. Era un tribunal nuevo, instituido por el papado y responsable ante el mismo, cuya misión era descubrir y castigar a los católicos que abrazasen la herejía.

Mucho antes de que la Iglesia decretase ningún castigo particular contra los herejes, la opinión pública se había mostrado en toda Europa bárbaramente hostil a los mismos (especialmente cátaros y albigenses, cuyas doctrinas no sólo contrariaban la verdad cristiana, sino que socavaban los cimientos de la vida social), y muchos de ellos habían hallado la muerte en severas depuraciones. Los príncipes se mostraron igualmente crueles y presionaban al papado para que decretara otros castigos además de la excomunión (confiscación de bienes y destierro; luego la pena de muerte al hereje convicto y el uso de la tortura en el interrogatorio). La Iglesia sentenciaba y el brazo secular ejecutaba la sentencia (el reo era quemado vivo). Nadie podrá quitar responsabilidad a una y otra potestad; pero grandes fueron los condicionamientos históricos que la hicieron surgir.

Para contrarrestar el peligro musulmán y envuelto en el espíritu caballeresco de la época, se organizaron las llamadas Cruzadas: expediciones de carácter a la vez religioso y militar, que llegaron a levantar oleadas de entusiasmo. La más importante y exitosa de todas fue la primera, que logró reconquistar Jerusalén y otros territorios de los Santos Lugares. Siguieron otras siete a lo largo de 150 años. Consideradas en su conjunto no produjeron los resultados previstos.

6. EL RENACIMIENTO

Podemos calificar al siglo XIV como “tiempo de inquietud”. Presionado por el rey francés (Felipe IV) el Papa, de origen francés, se va a hacer cómplice del mismo rey en la supresión y destrucción de los Templarios; uno de los crímenes más grandes de la historia, una horrorosa y cruel traición. Además, acosado por la confusa y anárquica situación de vida en Italia y en Roma inauguró su residencia en Avignón; situación que continuaron sus sucesores y que duró cerca de setenta años. Las voces de dos mujeres se alzaron contra esta situación, como las de los antiguos profetas: Santa Brígida de Suecia y Santa Catalina de Siena.

La vuelta de los Papas a Roma supuso un alivio momentáneo; pues quedó ahogado por las fuertes dudas que surgieron sobre la validez de la elección del nuevo Papa (Urbano VI, 1378). La cristiandad se vio ante la increíble situación de

tener que prestar obediencia a uno entre dos y aun tres que se proponían como Papas legítimos; esto dará lugar al llamado Cisma de Occidente. Propiamente no se trataba de un cisma, en el sentido real de la palabra. Pero era una división muy real y que duró casi cuarenta años.

Y para colmo de males, a mediados del siglo sobrevino la inmensa catástrofe de la “peste negra” (en menos de dos años acabó con unos cuarenta millones de personas en la Europa occidental); la tentación de desesperar de lo espiritual y vivir sólo para el momento presente se apoderó de los supervivientes; a partir de entonces se aprecia claramente cierta indiferencia y temerario desafío a la verdad y los castigos divinos; en adelante se advierte en muchos una indiferencia general por lo que pueda ser y cuándo pueda ocurrir.

El siglo XV va a venir caracterizado por nuevos aires: el Humanismo y el Renacimiento.

Ya no se ve por qué el poder pontificio debe ser como el “sol” de quien la “luna” o poder temporal recibe su fuerza. Además a nivel interno se va a producir una nueva situación. El Concilio de Constanza (1417) que pondrá fin a la situación de los antipapas, va a introducir la “semilla” de no pocas discordias futuras: los concilios generales eran superiores a los Papas; se producía una revolución: la Iglesia sería gobernada de forma más parlamentaria y no por la autoridad absoluta de su cabeza. Las lucubraciones escolásticas se consideran inútil ejercicio mental. La espiritualidad se hace más íntima y mística, más personal, dando lugar a la corriente espiritual de la llamada “Devocio moderna” (Tomás de Kempis y su “Imitación de Cristo” será un importante ejemplo).

Se descubren los valores del hombre, que no deben ser oscurecidos por la presencia de Dios. La visión teocéntrica del medioevo comienza a ser sustituida por una visión más antropocéntrica. Se busca en los clásicos griegos y latinos, los modelos del hombre. Se imita su lengua, su arte y de alguna manera los modos de concebir la existencia. Es todo el fenómeno cultural conocido como el Renacimiento: nuevo modo de enfocar la vida y de concebir el mundo, que no es exactamente ya el mismo de los hombre de la Edad Media, sobre la que se comienza a echar el genérico y precipitado estigma de edad oscura, edad de muerte.

Los aires humanistas y renacentistas llenan todo el siglo XV. Se contempla el derrumbamiento del viejo mundo. Constantinopla ha caído en poder de los turcos (1453). Ya todo es descubrimiento de nuevos caminos. Se inventa la imprenta; marinos españoles y portugueses descubren nuevas tierras en Asia y Africa. Las naciones cobran personalidad y fuerza. Hay un nuevo modo de estar, pensar y vivir. Este espíritu alcanzará a los mismos Papas, aunque desde la dimensión artística y científica; olvidando entretanto el acometer la reforma que la Iglesia necesitaba “desde la cabeza a los miembros”, y que se reclamaba con urgencia desde todos los ángulos de la Cristiandad.

6. LA REFORMA

La cristiandad medieval se quiebra en el siglo XVI con la llamada “Reforma protestante”. El cristianismo europeo se convierte en campo de batalla de católicos, por una parte, y luteranos y calvinistas, por otra. No obstante, dio también a una cierta emulación reformadora. Hoy ya no se habla tanto de “contrarreforma” católica cuanto de una verdadera “Reforma católica”, análoga en muchos aspectos a la Reforma protestante.

Las causas que llevaron a su principal protagonista, Martín Lutero, a la ruptura con Roma son muy complejas. Hay que desecher la respuesta fácil de achacarlo todo a un gesto de orgullo y rebeldía. Un hombre inteligente, buen conocedor de las Escrituras, que siente en lo más hondo de su ser la preocupación por la salvación de su alma, y que llega a hacerse religioso, tuvo que tener algún motivo verdaderamente serio para llegar a aquella opción extrema.

Habrà que contar, ante todo, con el peso del propio carácter. Sabido es que Lutero era hombre sombrío, inquieto y apasionado; un buscador de una paz que no logra encontrar. La lectura de S. Agustín parecía abrirle un camino de solución, pero su interpretación chocaba con la admitida en la Iglesia. Se plantea entonces un conflicto de autoridad. Pero la autoridad suprema de la Iglesia, preocupada más del embellecimiento de Roma que de los problemas del espíritu, no estaba a la altura. Lutero ve que es urgente una reforma, volviendo a las fuentes de la Palabra de Dios.

En estas circunstancias, una “chispa” provocó el incendio. Esta chispa ocasional fue la controversia sobre las indulgencias, centradas, sobre todo, en la obtención de fondos para las obras vaticanas. Lutero propuso sus famosas 95 tesis en contra de tal disciplina. Amenazado de excomunión no se retractó, y quedó definitivamente fuera de la Iglesia (1520).

La doctrina luterana prendió rápidamente en Alemania, tomando un fuerte cariz social, de enfrentamiento de clases y de ataque a la Iglesia. La reforma se extendió por toda Europa Central y llegó a Inglaterra con distintas modificaciones, según los lugares y los protagonistas (calvinistas, anglicanos, etc.).

Ante la nueva situación, la Iglesia hubo de acometer sin dilación su reforma. A ello ayudó el pontificado de siete grandes Papas y la convocación de un Concilio, el de Trento (1545-1563); estos se vieron secundados por una pléyade de grandes santos (S. Felipe Neri; S. Carlos Borromeo; San Ignacio de Loyola) y de muchos creyentes que lo secundaron con su santidad de vida.

El Concilio se ocupó fundamentalmente de dos cuestiones: fijar la doctrina católica frente a las tesis protestantes y establecer la necesaria reforma disciplinar. Bajo el signo “conciliar” la Iglesia entró decididamente por el camino de la verdadera reforma. Bien puede afirmarse que ningún otro Concilio ha dejado una tan eficaz y prolongada influencia en la vida de la Iglesia.

En España, el siglo XVI viene precedido por el espíritu reformador de los Reyes Católicos y por la exploración y evangelización del llamado Nuevo Mundo. Esto dará frutos importantes de santidad (S. Pedro de Alcántara; Santa Teresa de Jesús, S. Juan de la Cruz, S. Ignacio de Loyola, S. Francisco de Borja, S. Francisco Javier) y un empuje misionero extraordinario, no exento de atrocidades e injusticias, contra las que se levantaron voces como las de Las Casas y Vitoria. El siglo XVI será considerado como el “siglo de oro” español.

7. LA RAZÓN SOBRE LA FE

Entramos en los llamados “tiempos modernos”. Desde una perspectiva religiosa, que es la nuestra, el signo, en su

conjunto, no va a ser positivo. Vendrá marcado por una progresiva descristianización. Los gérmenes de disolución, sembrados por el Renacimiento y el Humanismo, no tardaron en dar sus frutos.

El siglo XVII se caracterizará por: la división de Europa, causada a la vez por razones políticas y religiosas (guerra de los Treinta Años entre Francia y Alemania; guerras de religión en Francia)

Pero al mismo tiempo hace su aparición la filosofía racionalista. Descartes se vuelve contra la filosofía escolástica y cristiana en la que se había educado y se propone levantar todo el edificio del saber mediante el nuevo método de la “duda universal” como método; en el fondo se trata de suplantarlo por la propia razón. Los logros espectaculares de las ciencias físicas y naturales fueron la mejor garantía del nuevo camino emprendido. De esta manera el hombre moderno comienza a dejar su fe cristiana para apoyarse en una “religión natural”, una religión sin más dogmas que lo que la razón, sin ayuda, puede descubrir y cuyo único fin era la práctica de la virtud natural (es el sistema “deísta” = se cree en “dios” pero no en Jesucristo). Sin embargo la sociedad sigue manteniendo el nombre de cristiana, aunque el nuevo pensamiento tilda a esta religión de oscura y opresora..

Francia tomará de España el relevo en el protagonismo. El siglo XVII va a conocer, a pesar de todo, un importante resurgimiento religioso en Francia; especialmente centrado en la reforma del clero y en la organización de la caridad (Pedro Berulle, S. Juan Eudes, S. Vicente de Paúl, Sta. Luisa de Marillac). Pero también será causa de importantes inquietudes para la Iglesia (problemas graves serán los planteados por el jansenismo (sigue planteado el problema de gracia-libertad: el hombre sólo se salva por medio de la gracia, que Dios concede sólo a unos pocos) y el galicanismo (reivindicación de derechos, privilegios y libertades de la Iglesia galicana frente a Roma capitaneada por el rey Luis XIV). Otra herejía será el quietismo (el hombre debe reducir a la nada todas sus potencias; pues el deseo de mostrarse activo en la vida espiritual de uno mismo es ofensivo a Dios; ni siquiera las tentaciones deben resistirse)

El siglo XVIII se desarrollará bajo el signo de la luz de la razón. Será el siglo de la Ilustración, de las Academias, de la Enciclopedia. Los Papas se irán enfrentando a los diversos

errores que este culto a la razón iba produciendo; pero la autoridad pontificia va perdiendo su antiguo vigor. Los mismos príncipes católicos la discuten e incluso la limitan según sus propias consideraciones o conveniencias; es el tiempo del absolutismo (por ej.: Carlos III de España, “prototipo de rey católico” habrá de dar su “placet regio” a los documentos pontificios para que puedan entrar en sus dominios y se permitirá expulsar de ellos, por su cuenta, a los jesuitas; un José II de Austria se entrometerá en los asuntos más menudos de la Iglesia; las Ordenes que no tengan una función social serán suprimidas).

8. TIEMPOS DE REVOLUCIÓN

El despotismo al que condujo el absolutismo se hizo sentir en todos los órdenes de la vida social. La vida fastuosa en la que se desenvolvía la monarquía, la nobleza y el llamado “alto clero”, pesaba sobre el “pueblo llano”. Socialmente se estaba llegando al límite. Una burguesía próspera, alentada por las ideas de la bondad natural del ser humano, de sus derechos y libertades, del valor absoluto de la razón promovió sacudirse el yugo del “Antiguo Régimen” bajo las consignas de “libertad, igualdad y fraternidad y apoyándose en el “pueblo llano”.

No hay duda de que el signo inicial de la revolución era de carácter social; el signo antirreligioso apareció posteriormente. Tanto lo bueno como lo malo sufrieron las consecuencias, pues los revolucionarios terminaron obrando fundamentalmente inspirados por un afán iconoclasta de destruir toda la obra del catolicismo (entronización de la “diosa razón”, “Constitución civil del clero”, supresión de la vida religiosa, etc). Todo esto tendrá consecuencias nefastas, pero especialmente lo será la desaparición de todas las universidades (la formación teológica sufrirá un grave perjuicio, que durará casi hasta mediados del siglo XX).

Con el advenimiento de Napoleón y la firma de un Concordato todo parecía arreglarse. Pero la intromisión del Emperador en los asuntos de la Iglesia motivó la enérgica protesta papal; esto supuso la invasión de los Estados Pontificios y la prisión del Papa. Pronto, sin embargo, el mismo Emperador terminará afirmando “Pasan los pueblos, caen los tronos, sólo la Iglesia de Dios permanece”. La

derrota del estado francés revolucionario (1815) acarrió una restauración general de las monarquías absolutistas, aunque en algunos casos restringida por las garantías de ciertos derechos constitucionales de los súbditos defendidos por un movimiento liberal cada vez más fuerte.

9. BAJO EL SIGNO LIBERAL

Libertad es la palabra que se repite a partir de la Revolución. Se reclama el derecho de pensar, escribir y enseñar cada uno lo que quiera; los gobiernos piden independencia de toda autoridad extraña, y en concreto de la Iglesia y frente al antiguo régimen monárquico se buscan nuevas formas sociales más democráticas y libres: nacen las “Repúblicas”. En España las ideas liberales llegaron en los días de la guerra de la Independencia y cuajaron en la Cortes de Cádiz. Distintos periodos se caracterizaron por revueltas, quema de conventos, expulsiones de religiosos y la llamada “desamortización”. El Concordato de 1851 vino a aliviar un poco la situación.

La Iglesia va a combatir en todas partes al liberalismo. Este es un sistema que se propone luchar contra todos los males que afligen a la humanidad, y en esta lucha niega a la Iglesia toda existencia legal, consintiendo únicamente en tolerar la profesión y la práctica del catolicismo por el ciudadano particular. Incluso llega a negar a la Iglesia el derecho a ser un sistema que se interese por la moralidad de la vida pública. La política es algo independiente de la moral. Posee su propio código de lo justo y lo injusto, y la Iglesia debe aceptar la acción del Estado tal como se le presente.

El periodo termina con la derrota final del Papado como poder temporal. El hundimiento de los Estados Pontificios (1870) es todo un símbolo. Al mismo tiempo, el Concilio Vaticano I (1870) da testimonio del triunfo final, dentro de la Iglesia, del antiguo concepto romano de la función papal: Surgirá un nuevo tipo de Papa, hombres preeminentes en santidad y de probada capacidad; pero hombres a los que les resultaba difícil comprender el mundo nuevo que la revolución había creado; el modo de combatirlo y el modo de convertirlo. León XIII, un conservador que pensaba en términos y lenguaje modernos, dará comienzo a una época

nueva en la historia del catolicismo y cuyo carácter “revolucionario” sólo en nuestros días empezó a manifestarse.

Otro fenómeno importante para Iglesia vendrá constituido por las cuestiones sociales. En nombre de la libertad se instauró también el liberalismo económico (el patrono pedía libertad de contratación, libertad de oferta y demanda); el trabajador gozaba de libertad teórica (se veía obligado a aceptar las condiciones más inhumanas de trabajo). Poco a poco va a surgir el “odio” entre las dos clases. Ante todo esto la religión se va ver como un obstáculo (“opio del pueblo”). Las teorías marxistas tratarán de imponerse incluso apelando a la violencia de la lucha de clases (la expresión más severa será el comunismo que llegará a hacer profesión a un ateísmo radical).

La Iglesia del siglo XIX no se puede decir que fuera indiferente a las necesidades de los obreros (prueba de ello será la multiplicación de instituciones, fundaciones, obras de tipo social que vio nacer ese siglo). Pero su voz no se dejó sentir con la fuerza necesaria hasta que León XIII con sus Encíclicas luchó denodadamente por la defensa de un orden social más humano y cristiano. Desde entonces la Iglesia no ha perdido ocasión para hacer valer su palabra en las cuestiones sociales, en las que algunos pretendían negarle competencia.

10. "ID AL MUNDO ENTERO"

En estos últimos siglos, que venimos resumiendo, se da un fenómeno singular. El cristianismo, que durante muchos siglos había sido europeo y estable, recobra su carácter evangelizador y pasa a sentirse de nuevo llamado a habitar entre las “gentes”. Obra casi exclusiva de misioneros españoles y portugueses fue la evangelización de América; pero también muy pronto llegaron a la India, China y Japón. Al contacto con estas culturas algunos misioneros comprendieron que no se debía confundir cristianismo con cultura, y que al proponerles la fe cristiana no debía imponérseles la cultura y modos europeos; pero en muchos casos se produjeron problemas de integración e incluso de condenación (ej de los llamados “ritos chinos”).

En el siglo XVII, a través de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide (1622) los misioneros dejan de ser enviados por los reyes y se unifican métodos, y esfuerzos mediante una planificación de la acción.

En el siglo XVIII la actividad misionera sufre un rudo golpe a causa de las crisis revolucionarias de Europa. En cambio el siglo XIX conocerá un resurgir importante, especialmente en Africa y el siglo XX será llamado el “siglo de las misiones”, sobre todo a partir de Pío XI.

11. RENOVÁNDOSE

En esta última etapa es casi obligado hacer una breve referencia a cada uno de los de los Papas que han servido a la Iglesia desde la sede de San Pedro. En muy pocas etapas ha conocido la historia de la Iglesia un conjunto tan completo de tan grandes personalidades.

Con el pontificado de S. Pío X (1903-1914) la actividad de la Iglesia se hace más pastoral, atenta a una renovación interior. La comunidad cristiana empieza a vivir más intensamente la vida litúrgica. También los pastores adquieren la conciencia más viva de la importancia de la catequesis y de la predicación en el desarrollo de la vida cristiana (un movimiento empieza a desarrollarse y será clave en la renovación teológica y conciliar: el llamado “movimiento litúrgico”).

Sin embargo una grave crisis también se hace sentir en estos años, la crisis modernista” (intentaba acomodar el catolicismo a las ideas de la época, a base de desechar su objetivo carácter sobrenatural y a reducirlo a una cuestión de psicología religiosa individual).

Benedicto XV (1914-1922) trató de mitigar los horrores de la Gran Guerra. Se preocupó de los estudios bíblicos (otro movimiento fundamental en la renovación del Vaticano II). Su obra importante fue la promulgación del Código de Derecho Canónico (1917), obra empezada por su predecesor, que muchos Papas habían intentado hacerla pero ninguno la había llevado a efecto.

Pío XI (1922-1939) dio un aire moderno al pontificado. Dejó la “prisión voluntaria” del Vaticano (que empezó testimonialmente Pío IX) y zanjó la llamada “cuestión romana” con el gobierno italiano (los “Pactos de Letrán”);

se renuncia definitivamente a la reclamación los antiguos Estados pontificios” y se queda limitado a la llamada “Ciudad del Vaticano”. Concentró su atención en los graves problemas de su tiempo (obreros, familia, enseñanza, comunismo y nacionalsocialismo, etc.). Fue el Papa de las misiones y su “gran obra fue la “Acción Católica”.

Pío XII (1939-1958) con su magisterio llega a todos los sectores y a todos los problemas del mundo. Quizás su rasgo más sobresaliente es que con todo ello apoyó las líneas de renovación que pronto se iban a manifestar en la Iglesia con eficacia.

Juan XXIII (1958-1963) con su personalidad supo ganarse en poco tiempo el corazón de todos los hombres sin distinción. A él se debió la feliz iniciativa del hecho más decisivo de la historia de la Iglesia en el siglo XX: la convocación del Concilio Vaticano II.

12. RESPUESTA A LOS RETOS DEL MUNDO DE HOY

La convocación de un Concilio fue la respuesta de la Iglesia a los retos de un mundo cambiante; reto que la Iglesia aceptó con toda lealtad y, cosa más nueva, con toda humildad.

Tres fuertes movimientos de renovación habían ido preparando este momento cumbre de la Iglesia:

El movimiento bíblico, centrando la atención en la Palabra de Dios. Invitación a una penetración más profunda y viva de los hechos y dichos de Dios como portadores de un mensaje de salvación para los hombres.

El movimiento litúrgico, centrado en subrayar la actualidad de los misterios que se celebran, como una presencia renovadora y viva del acontecimiento; la importancia de la comunidad que celebra (pronto se vio un impedimento el uso de una lengua muerta como el latín); recuperación de la importancia de la proclamación de la Palabra.

El movimiento ecuménico, tuvo un desarrollo más tímido. Los protestantes tuvieron las primeras iniciativas (con el Octavario de Oración); hubo diálogos de tipo intelectual como vías de acercamiento; importante fue la creación del Consejo Mundial de las Iglesias (1948); Juan XXIII lo impulsó definitivamente con la creación del Secretariado para la Unidad de los Cristianos (1961).

El Concilio se propuso una doble finalidad: hacia dentro = renovación, hacia fuera = un diálogo sincero con el mundo. La línea directriz fue la eclesiológica (documento capital fue la Lumen Gentium sobre la Iglesia); el Concilio se propuso reflexionar en profundidad sobre la naturaleza y misión de la Iglesia, para descubrir así el modo cómo deberían adaptarse sus estructuras y sus comportamientos de cara al mundo de hoy.

Pablo VI (1963-1978) tuvo que llevar a buen puerto la singladura del Concilio recién iniciado y de empezar a ponerlo en práctica. Otras dos preocupaciones ocuparon su pontificado: el problema de la paz mundial y el de la unidad de los cristianos. El postconcilio se caracterizó por la esperanza; aunque un cambio de actitud de la Iglesia no podía implicar un cambio en el contenido de su predicación. La actuación de Pablo VI en los problemas de su tiempo fortaleció notablemente la imagen del Papado como instancia moral.

Juan Pablo I (28 de agosto a 29 de septiembre de 1978) escogiendo un nombre dual quiso manifestar claramente su intención.

Juan Pablo II (1978-2005) ha mostrado una gran preocupación por el hombre, llamado a realizarse plenamente desde el momento que conozca a Cristo y, con ello, edifique el humanismo auténtico llamado a redimirle. Según él, la Iglesia ha de comprometerse, con ánimo valeroso y creador, en la configuración del futuro, sin perder su esencia ¿Pasará a la historia como “Magno”?

Benedicto XVI (2005- ¿).

Estas palabras de GS I pueden servirnos para poner un hermoso punto final al tema.

“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres, que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia, por ello, se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia”.

Y esto es así, porque la Iglesia no es solamente un pueblo que hace su marcha por la Historia, sometido a las vicisitudes humanas. Es algo más. Es un pueblo distinto, el Pueblo de Dios; y es también un misterio. De esta, su naturaleza profunda, nos ocuparemos en los siguientes temas.

Propuesta de TRABAJO PARA EL TRIMESTRE

- *Lectura y reflexión personal de los apuntes dados.*
- *¿Con qué palabras sintetizarías lo más “positivo” y lo más “negativo” de la historia de la Iglesia?*
- *¿Con qué palabras sintetizarías lo más “positivo” y lo más “negativo” de tu historia personal como creyente y de la historia del grupo de la Fraternidad a la que perteneces o de toda la Fraternidad de Huerta?*
- *Reflexiona estas cuestiones:*
 - *¿Qué te sugieren estas frases:*
 - . *“La sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos” (Tertuliano).*
 - . *“París, bien vale una misa” (Rey Enrique IV de Francia).*
 - . *“Pasan los pueblos, caen los tronos, sólo la Iglesia de Dios permanece” (Napoleón).*
 - *¿Qué te sugiere el texto de GS 1 recogido en la p. 24?*
- *Poner en común en los grupos lo que nos haya enriquecido el tema.*

Alguna BIBLIOGRAFIA complementaria

HUGHES, Philip, Síntesis de historia de la Iglesia, Ed. Herder, Barcelona.

HERTLING, Ludwig, Historia de la Iglesia, Ed. Herder, Barcelona.

JOHNSON, Paul, Historia del cristianismo, Javier Vergara Editor.

VV. AA., Historia de la Iglesia Católica, Ed. Herder, Barcelona